

VII

Con la mejilla inflamada,
zumbándole los oídos,
pone fin á la tirada,
y se recoge una hornada
de ánades muertos y heridos.

Allí, en revuelto montón,
sobre la barca hacinados,
del Sol á la irradiación,
parece que están pintados
con colores del Japón.

A tierra los cazadores
regresan con el botín;
que, plebeyos y señores,
hasta en sus goces mejores,
ven de sus goces el fin.

A las cuatro estaban en el terreno. En diez y seis barcas cruzaron el agua y se metieron en la isla, situada en el centro de la laguna. La tarde era hermosísima, y la puesta del Sol anunciaba á los inteligentes un día soberbio. Esta era también la opinión de Paco Veses, que desde luego, y con la venia de S. M., fué investido con la dirección técnica de la cacería. Aquella sencillez encantadora de la casa de la Sociedad, graciosa y limpia cual un cesto de flores; aquel panorama tan original y tan nuevo para los que allí llegamos por vez primera; aquel precioso minarete, desde el que se domina el cazadero y se oye el rebullicio de la caza; aquellas aguas tranquilas, sobre las que flota diminuta y graciosa escuadrilla, de más poder contra los ánades en el océano manchego que todos los acorazados franceses en el mar de la China contra los *juncos* del almirante Io-knou; todo, todo despertaba nuevas y gratas impresiones en el regio ánimo de D. Alfonso. Y es que, á las veces, sencillos panoramas y escenas reposadas y tranquilas hablan más al espíritu y mueven mejor el sentimiento, rociándole con los effuvios de la felicidad, que el poder con todas sus grandezas, y la gloria con todas sus violentas impresiones.

Desde lo alto del minarete gozaba el Rey de España contemplando aquella flota de guerra, aprestada para singular combate; gozaba examinando el campo de operaciones, en que vencieron tantas y tantas veces al ejército palmípedo los generales que allí le rodeaban; gozaba, en fin, viendo vivaquear á los enemigos por

carrizos y espadañas, y disponerse á emprender su nocturno viaje en busca de botín.

La visita al cazadero es siempre espectáculo gratisimo á los cazadores, que á muchos deleita casi tanto como cazar; algo así como anticipo de segura y placentera diversión. Como los aficionados á los toros gustan de ver las reses en la dehesa, y después en el corral, y más tarde en el encierro, así los cazadores, cuando la caza abunda, no se satisfacen con menos que con examinar el teatro de soñadas hazañas y acariciados prodigios. Pero más que nunca cuando se trata de una laguna no cazada de algunos días. En este caso, la admiración sube de punto; abruma la felicidad que siente el aficionado, se enloquece viendo como palpable realidad aquel espectáculo que consideró fascinadora ilusión.

Su Majestad y acompañantes visitaron la caza á la hora más á propósito: cuando el Sol comienza á hundirse y el firmamento se colora con los suaves matices del crepúsculo vespertino, y los húmedos vapores de la Tierra se tienden sobre las azules y tranquilas aguas del lago, y se prenden graciosamente en las ramas de los árboles; cuando los ánades se ponen en movimiento, dejan su querencia y abandonan el lago en busca del abundante pasto que les ceba; á esa hora en que sólo turba la majestuosa soledad de las aguas el rebullicio de las aves trasnochadoras, el canto estridente de los patos, y el singular rumor que producen las bandas de ánades al hendir el espacio tierra adentro.

Muchas de las bandas, antes de emprender la marcha, se entretienen jugueteando en las Charcas, ya escondiéndose en el carrizo, ya zambulléndose alegremente en las aguas; mientras que otras levantan el vuelo para volver á posarse en ellas, después de describir en el aire graciosos círculos y lanzar violentos vuelos.

A medida que la noche avanza, desaparecen estos inquilinos de las lagunas, á quienes les es tan fácil volar; y su resistencia es tanta, que hay algunos que van de noche á comer en los arrozales de Valencia, de donde regresan por la mañana temprano. En los años que ha escaseado el pasto en la Mancha, se les ha encontrado arroz en el buche. Por la madrugada, y después de haberse dado un buen hartazgo, vuelven á la querencia, donde hacen tranquilamente la digestión, cazando insectos y zambulléndose en el agua. Los cazadores deben estar en sus puestos antes que regresen las bandas.

Holgóse mucho D. Alfonso viendo desde el lindo minarete de la casa de la Sociedad, espectáculo tan

delicioso y tan incitante para el cazador. No gozaban menos los socios con haber proporcionado á S. M. emociones tan placenteras.

Cuando cerró la noche se sirvió la comida, dispuesta por Lhardy, en cuyo *menú* había dibujos alegóricos á la caza. Cuentan que fué espléndida, y que los expe-



Una buena pieza

dicionarios comieron con el apetito que despierta el campo y el cambio de aires.

Después de la mesa se jugó al tresillo, y á las ocho

todos estaban en sus cuartos: unos durmiendo, otros preparando los útiles de caza para no perder minuto á la madrugada, y algunos soñando en las delicias de

aquel oasis que les rodeaba, y siguiendo con los vuelos de su ardiente imaginación las bandas de patos que les habían saludado por la tarde.

Era aún de noche, y ya la isla era todo movimiento. A las cinco de la madrugada los lechos estaban vacíos, y los cazadores, con sus rústicas *toilettes*, pasaban á saludar á S. M. Guardas, barqueros y criados, redoblaban su actividad y ultimaban los preparativos de la batalla. Fuera de la casa se observaba sepulcral silencio á fin de no alarmar á las desconfiadas y recelosas palmípedas. En el empavesado embarcadero se notaba extraordinario movimiento: veíanse por todas partes soberbias escopetas inglesas, cajas de municiones, repuestos de cartuchos de reserva, cimbeles, mantas, sacos: todo un tren de guerra.

Dentro de la casa, y en habitaciones confortables, comían los cazadores las clásicas y humeantes migas, y sorbían el aromático chocolate y el café. S. M. quiso también comer las sustanciosas y confortables migas de los cazadores, y las comió con gusto.

Reflejábase la impaciencia en todos los rostros, á lo que en mucho contribuía Paco Veses prometiendo un día feliz. La niebla de las madrugadas anteriores había levantado, y allá por levante los tonos blanquecinos del alba anunciaban un horizonte sereno, una mañana tranquila y un sol esplendoroso.

Los primeros en abandonar sus lechos fueron los Sres. Dánvila y Udaeta, dos cazadores de primera fuerza, que á las dos de la mañana fueron á ocupar sus puestos á la isla de las Cañas.

Comenzaba á alborear cuando se embarcó el Rey. Con él se embarcaron los señores León y Becerra, Paco Veses, Jefe de Estado Mayor de aquella batalla á que asistía el Rey, y el dibujante de *La Ilustración* señor Comba. Los dos primeros tenían la misión de cargar las tres magníficas escopetas inglesas con que tiró el Rey.

A poco arribó la *Capitana* al puesto de Tortosa, en el que tiró D. Alfonso. El Marqués de los Alcañices tiró en el puesto llamado *del General Milans*; el doctor Camisón en *Tabla de la Uña*; los Sres. Pedreño y Barrio en el de *Dánvila*; en el de la *Tabla Redonda* el Sr. Udaeta; y en otro cercano á éste, llamado *de Tablazo*, el Sr. Dánvila.

Durante la travesía vió el Rey infinidad de bandas que entraban en la Charca y se escondían en el carrizo y en los bosques de masiega. Una vez en el sitio, se ocultó el puesto á la penetrante vista de los patos, con masiega y carrizo, se echaron al agua y cerca del pue-

to varios cimbeles recién pintados y traídos de Valencia (*bots*, como les llaman en la Albufera); y dispuesto que fué todo, dió S. M. la señal de fuego, disparando su escopeta, disparo al que siguió otro... y otro... y otro... y cien más...

Se habían roto las hostilidades, y con tanto tirar peligraba se rompiesen también las escopetas.

Al disparo de S. M. respondieron todos los emboscados cazadores con infernal estrépito. La acción se había generalizado y todos hacían fuego graneado. En cuanto S. M. se ocultó en el puesto, los pájaros se lo comían; derribaba uno y volvía á tirar para hacer una carambola, y después otra y otra. Hubo momento en que los Sres. León y Becerra no tenían manos para cargar. Paco Veses daba lecciones á S. M.; pero pronto tuvo que cesar: la lección estaba aprendida: á los cuarenta y cinco tiros llevaba derribados veintinueve patos. Por lo visto, los patos no tenían quien les enseñase á conocer el puesto del Rey, esto es, á huir.

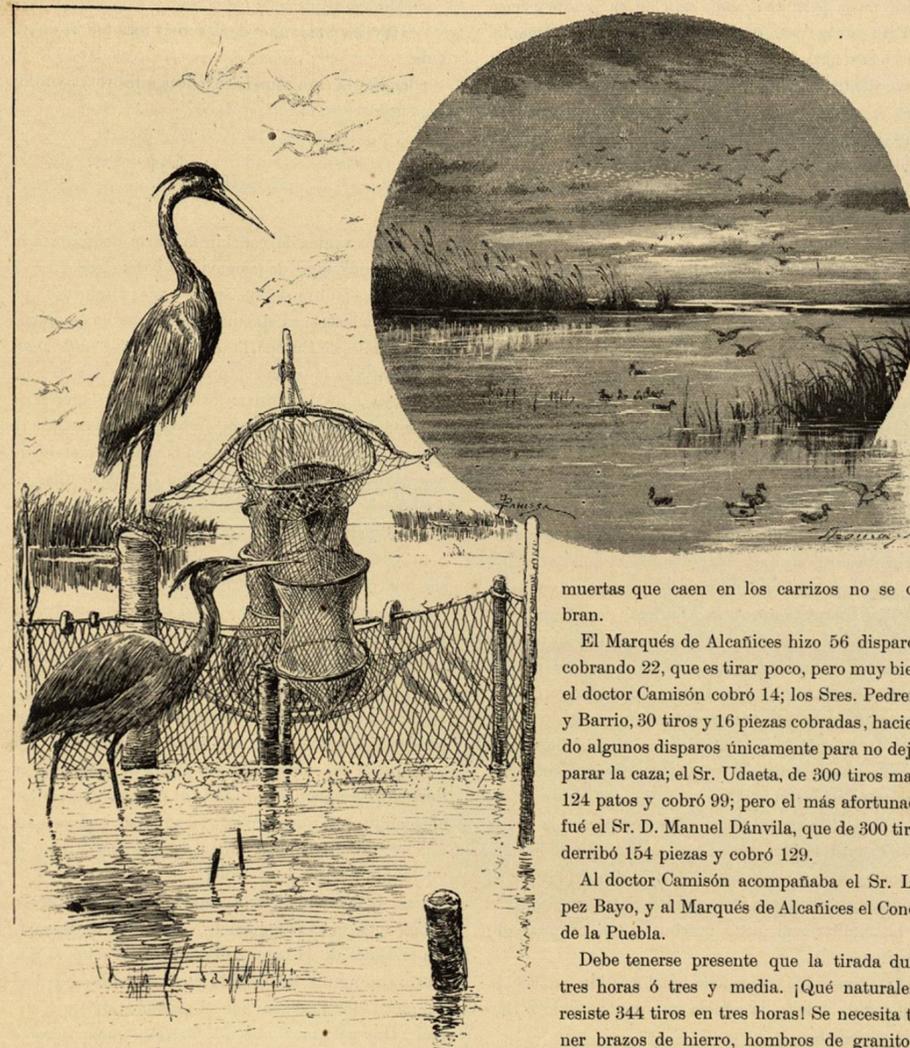
Muchas de estas aves, tomando, al llegar á las Charcas, á los flotantes cimbeles por compañeros que disfrutaban la tranquilidad de aquel delicioso retiro, se arrojaban con increíble rapidez desde el espacio para reunirse con los reclamos, en cuyo movimiento les tiraba el Rey debajo del ala ó al pico, según la dirección. Otras caían muertas desde considerable altura en el momento de describir espirales en el espacio, levantando un canastillo de perlas y espumas al chocar rápidamente con las aguas, y produciendo ese especial y característico ruido que á los cazadores sabe mejor que las melodías de Schubert ó las sonatas de Mozart.

Paco y los distinguidos armeros del Rey explicaban á S. M. la especie á que pertenecía cada ave del subgénero pato. La colonia volátil de Daimiel, aunque no tan variada como la de la Albufera, es, sin embargo, lo suficiente extensa para que S. M. pudiese conocer las diferencias entre las zarcetas, los ánades reales, las fochas, las colas de junco y demás clases. Estos animales resultaban hermosísimos al descomponer los rayos del Sol sus pintadas plumas en diversos y lindos cambiantes.

La satisfacción del Rey era inmensa; no cesaba de tirar con asombrosa pericia. He tirado mucho á los patos, pero jamás he visto á nadie que la primera vez que les tire obtenga los resultados obtenidos por el Rey en las Charcas. Y con esto no hago otra cosa que afirmar lo que afirman cuantos tuvieron la dicha de tomar parte en la fiesta del sábado.

La matanza fué horrible.

Hasta las once de la mañana no quiso S. M. dejar



muertas que caen en los carrizos no se cobran.

El Marqués de Alcañices hizo 56 disparos, cobrando 22, que es tirar poco, pero muy bien; el doctor Camisón cobró 14; los Sres. Pedreño y Barrio, 30 tiros y 16 piezas cobradas, haciendo algunos disparos únicamente para no dejar parar la caza; el Sr. Udaeta, de 300 tiros mató 124 patos y cobró 99; pero el más afortunado fué el Sr. D. Manuel Dánvila, que de 300 tiros derribó 154 piezas y cobró 129.

Al doctor Camisón acompañaba el Sr. López Bayo, y al Marqués de Alcañices el Conde de la Puebla.

Debe tenerse presente que la tirada duró tres horas ó tres y media. ¡Qué naturaleza resiste 344 tiros en tres horas! Se necesita tener brazos de hierro, hombros de granito y constitución de acero.

A las primeras horas de la tarde recibió el Gobierno un telegrama diciendo que S. M. había retrasado unas horas su regreso á Madrid. La causa no era otra sino que el Rey había manifestado deseos de asistir á la recogida de la caza muerta, á lo que en las provincias de levante se llama la *replegá*. La *replegá* en Valencia suele dar casi siempre origen á alguna escena sangrienta, motivada por disputas sobre la pertenencia de las piezas. En las grandes tiradas de la Caldería y de Cu-

el puesto; es decir, hasta que los patos dejaron la laguna, convencidos de que ni por el cansancio se apagaban los fuegos. No hubo otro remedio que almorzar en la barca; en la barca, como hizo la noble é infortunada emperatriz Eugenia cuando, ciñendo aún en sus sienes imperial diadema, cazó á los patos en la Albufera de Valencia.

S. M. el Rey disparó 344 tiros, matando 132 piezas y cobrando 104; siendo de advertir que las piezas

llera, no se permite á nadie salir de su puesto á recoger las piezas hasta que la autoridad municipal manda hacer la señal oportuna. Cada puesto recoge las que están dentro de su demarcación, háyalas muerto él ú otro. Y sucede á las veces que, como no hay obstáculos que intercepten el paso de una pieza herida de una replaza á otra, un viento fuerte impele poco á poco la caza muerta y da al puesto la mayor parte de las piezas que ha matado el cazador que ocupa el del lado por donde sopla el viento.

Es también un espectáculo muy divertido el de la *replegá*. El cazador va á proa con la escopeta preparada para rematar las piezas heridas que huyen y las que aun tienen alientos para levantar el vuelo, mientras que el barquero dirige la lancha allí donde su penetrante y bien educada vista descubre una pieza oculta en la broza. Las que están bien muertas se recogen con facilidad; no así las aliquebradas y alicortadas y las que se zambullen en el agua al dirigirse á ellas la barca. En las Charcas de Daimiel se pierden muchas piezas, porque el carrizo, y sobre todo la masiega, son espesísimos. Hay además el inconveniente de que resultan casi inútiles los perros de agua (aun los más sobresalientes de la Albufera), por causa de no poder resistir los estragos que hacen en ellos las tupidas manchas de masiega, planta de hoja triangular como las bayonetas, y cuyos hilos son verdaderas sierras, capaces de cortar un dedo en redondo.

S. M. recogió 14 ó 16 ánades reales, soberbios pájaros de pluma finísima y primorosamente pintada y exquisito comer.

S. M. quiso que al llegar á Madrid viesan la Reina y sus augustas hermanas aquella profusión de hermosas aves, por lo que 430 de ellas y dos avutardas se colocaron en cestos y se llevaron á palacio.

La familia real gustó mucho de tan original obsequio.

El regreso fué en un todo igual á la ida, incluso la espléndida y delicada comida con que obsequió el Rey á la sociedad.

A las dos y media de la tarde los expedicionarios volvieron á ocupar los carruajes con dirección á Daimiel, á cuyo punto llegaron una hora más tarde, saliendo en el tren real á las cuatro, llegando á Madrid á las nueve y media, muy complacidos y satisfechos todos de tan grata expedición y de la honra que con su presencia ha dispensado S. M. á nuestros cazadores de las lagunas de Daimiel.

En la estación esperaban al Rey los señores Presidente del Consejo y Gobernador de Madrid.

S. M. dijo al primero:

—Hoy ha sido uno de los días más felices de mi vida.

¡Bendita la caza, que hace felices á los reyes y á los proletarios! (1)

III

Digamos, antes de concluir la parte dedicada á la caza acuática, algo de las gaviotas y del cisne.

Entre las múltiples especies de estas palmípedas que pueblan la esfera, existe una que se cría en las aguas continentales de Europa, la *chroicocephalus ridibundus*, cuya patria es la zona comprendida entre los 30 y 60 grados de latitud N. En todos los lagos y lagunas de esta zona se la encuentra en tres estaciones del año, y sólo en invierno se remonta para buscar los mares más templados de Europa, Asia y los de las Antillas de América.

Elige, para anidar, las aguas dulces de los dos continentes; al abrigo de los juncos y cañaverales incuba sus huevos, y se alimenta de las larvas y lombrices de las regiones que habita; y si bien es cierto que devora algunos pececillos de las lagunas, estanques y ríos, son menos los daños que con esto ocasiona que los beneficios que produce limpiando la comarca en que se establece, de lombrices, larvas, insectos, etc.; de manera que puede considerarse como ave útil á la agricultura.

Su carne no carece de buen gusto al paladar si se tiene la precaución de quitarle el pellejo, y no faltan aficionados que quieren verla en su mesa; pero se caza esta ave más bien con objeto de aprender á tirar al vuelo, porque su tiro es difícil.

Uno de los puntos de Europa donde más se cazan las gaviotas es en la laguna de Vörth, al S. de Munich. En el centro de la laguna existe una isla sobre la que eleva sus muros un castillo cuya construcción data del año 1446, fundado por el patricio Martín Katzmair. Hoy pertenece al conde Törting, quien durante los últimos días de junio á primeros de julio da una cacería á estas aves, con la expresa orden de no tirar más que al vuelo.

Con tiempo bonancible y claro salen los cazadores muy temprano, y montan en barquillas que son capaces para dos tiradores y un barquero que la conduce, rodean la laguna y bogan en dirección al centro, ojeando los cañaverales y junqueras. Algunas gaviotas

(1) Setier: *El Campo*.

salen delante de los barquichuelos sin volar; pero desde el momento en que se hace la primera descarga levantan su vuelo y empiezan á cernerse en los aires millares de aves, en medio de un inmenso chillido, formando unas veces columnas tan espesas que cubren el Sol, y otras se diseminan para reunirse después.

A continuación de la primera descarga suena un fuego graneado que produce centenares de víctimas,

cantidad exigua si se compara con las innumerables gaviotas que pueblan la laguna; pues, conociendo por su instinto que el peligro está en las barquillas, se mantienen á respetable distancia; pero como nunca faltan algunas perezosas que se ocultan en la maleza, y por fin se ven obligadas á volar, aunque lo hacen con rapidez no pueden todas evitar el mortífero plomo de las armas de grande alcance.



¡Alerta!

IV

De todas las aves acuáticas que pueblan á Europa, el cisne es la mayor. Pertenece á la familia de los ánades.

Esta ave se encuentra en el norte, en los países del litoral del mar Báltico, en estado silvestre. Los que vemos en España están domesticados.

Tres son las especies más conocidas de cisnes.

Primero: el cisne cantor (*cygnus musicus*), cuyo pico es negro y con el nacimiento de él amarillo, á lo largo del borde de la mandíbula, hasta las fosas nasales.

La pluma es blanca, con un ligero tinte gris amarillento. Cuando muy joven, la pluma es gris; toda su piel es de color pardo. Tiene veinte plumas en el timón. Los bronquios de este animal bajan por un tubo del esternón hasta introducirse en la cavidad del pecho.

Este cisne vive en la parte más norte de Europa: en el invierno baja al mediodía hasta la costa del Mediterráneo, inverna también en los países de los mares Negro y Caspio.

Segundo: El cisne mudo (*cygnus olor*), que tiene el pico amarillo rojizo. El bulto de la frente, las uñas,